

## Guillermo Lumbreras

Decir “pérdida irreparable” suena a poco cuando se trata de la partida de una de las figuras egregias de la Arqueología Andina y Americana en General.

Luis Guillermo Lumbreras Salcedo nació en Ayacucho el 29 de julio de 1936. Como arqueólogo, antropólogo y docente contribuyó de manera superlativa a la sociedad. Sus importantes contribuciones a la arqueología se traducen en decenas de libros que hoy constituyen un invaluable legado para las generaciones que le siguieron y que aún vienen por detrás.

Se catapultó al Olimpo de los grandes pensadores con su libro “Arqueología como Ciencia Social” (1974) que significaba una de las primeras obras andinas en que se exploraban temas relacionados con la metodología arqueológica, la teoría, la interpretación de datos y cómo la arqueología podía contribuir al entendimiento de las sociedades presentes y pasadas.

Igualmente se hizo famoso su libro *Arqueología de la América Andina* (1981), en el que se arriesgó a sintetizar los avances en materia de arqueología, no solo del área correspondiente a su Perú Natal, sino de la vasta área andina que incumbe, además, a

Colombia, Ecuador, Chile, Argentina y Bolivia.

Por todo ello, no podía dejar de visitar nuestro territorio y lo hizo muy tempranamente. En la década de los '70 aceptó la invitación de Carlos Ponce Sanginés para visitar las recientemente descubiertas ruinas de Iskanwaya. Después de ello las visitas a Bolivia se hicieron frecuentes, convirtiéndose en un preciado amigo del país al que le tomó especial aprecio.

A su vez, Bolivia le retribuyó con calidez. En 2014 la Universidad Mayor de San Andrés reconoció su contribución al conferirle un Doctorado Honoris Causa, a iniciativa de la Facultad de Ciencias Sociales.

Le conocí en una de sus esporádicas visitas a La Paz y entablamos gran amistad caracterizada por mi admiración al maestro, y la complacencia de éste hacia el seguidor. Siempre que él venía a Bolivia o yo iba al Perú, encontrábamos un momento para reunirnos y platicar acerca de nuestra pasión: la Arqueología. Pero no todos nuestros encuentros eran de carácter intelectual. Varias veces nos reunimos con otros amigos y colegas al calor de una copa de vino y un buen asado. Hay

que señalar que tenía un gran sentido del humor y tengo algunas anécdotas amenas que vienen a la mente y me hacen evocarle con aprecio profundo. En una ocasión, estábamos cenando en la casa de un amigo en Sopocachi. Él había llegado para inaugurar una exposición sobre el “Señor de Vilcabamba”. Esa noche le acompañaba una señora de Trujillo y el arqueólogo Alfredo Mormontoy, del Cusco. Los bolivianos éramos 4 o 5. De pronto, en son de broma, don Guillermo empezó a molestar a su acompañante trujillana diciéndole que los *moche* no tenían nada que decir. De inmediato ella le dijo: “mejor se callan ustedes los *wari*”, y todos reímos. Luego el maestro dirigió su mirada a Alfredo y le dijo: “ustedes los *inkas* mejor se mantienen en silencio”. Entonces me miró y dijo: “Y ni qué decir de ustedes los *tiwanakotas*”. Las risas no se hicieron esperar, pues de pronto se había hecho una analogía de las personas con las

culturas prehispánicas de cada región y para mí, que me haya dicho *tiwanakota*, fue uno de los mayores halagos que me habían hecho en la vida.

La última vez que le vi en persona y pude darle un abrazo, fue en el Primer Congreso de Patrimonio Cultural en Huaráz, Perú (2015). Ya luego en el Simposio Internacional organizado por el Colegio de Arqueólogos del Perú, llevado a cabo en Lima (2019), él no participó. Vía telefónica me enteré, por boca propia, de que se hallaba delicado de salud. A partir de ese año disminuyó la frecuencia de sus apariciones en público y sus acostumbrados escritos, por esa afectación en su estado físico, hasta su partida producida finalizando el pasado año (9 de noviembre de 2023).

Mediante este medio, rindo mi más sentido homenaje al Maestro de Maestros.

Jédu A. Sagárnaga M.